

**Javier Nagore Yárnoz**

# **EN LA PRIMERA DE NAVARRA**



**Memorias de un voluntario  
navarro en Radio Requeté  
de Campaña**



Ediciones Dyrsa

Calor por la noche. De los 2.000 metros de Peñagolosa habíamos pasado a 200 sobre el nivel del mar, en un junio bien entrado y cerca —de nuevo— del Mediterráneo, con días soleados y noches de plata.  
Sí, en verdad, «*Muchachas de tierra fría, estamos ya en tierra caliente*».

## Fijación en la película

*Bueno será aquí concretar las novedades de la División después del juicio de valor emitido en su telegrama por el Generalísimo.*

*Escribe Santi Pagola en sus apuntes «Viviendo la guerra»:*

*«La División está ahora integrada por dos Brigadas, que mandan los coroneles Barrueco y Tutor. Muerto Tejero, trasladado Gual a otra División, el mando de las cuatro Agrupaciones corresponde a los tenientes coroneles Pérez Salas, Vara de Rey, San Martín (comandante que fue del Tábor que llegó a Teruel la noche del 31 de diciembre) y Vicario, a quien yo conocí en Olaeta, donde resultó gravemente herido. Las unidades de la División son: dos Banderas del tercio, la V (Alvarez Pacheco) y la VII (Pardo); cuatro Tábores de Regulares (5.º de Alhucemas, 5.º de Ceuta, 7.º de Larache y 1.º de Tetuán); dos Tercios de Requetés (Montejurra y Lácar); tres Banderas de Falange (2.ª y 5.ª de Navarra, y 2.ª de Castilla). Excuso decir que si antes de las operaciones de Aragón quedábamos pocos veteranos, después somos menos. No emito juicios de valor, consigno hechos: ni las Banderas de la Legión, ni los Tábores de Regulares superaron con nosotros, con la 1.ª, aquel espíritu que la División tuvo cuando en ella formaban los Batallones de América y los Tercios de Requetés: el Navarra, el Zumalacárregui, el San Fermín. Quedan, desde luego, los falangistas y requetés, viejos en la División, y su solera: animosos en la lucha, alegres en el descanso, con espíritu de cruzada. Nos achacan —yo se lo oí a algún jefe— el carecer de disciplina y suficiente preparación militar; pero lo cierto es que, a la hora del fuego, nunca hemos “reblau”, como dice Luis Preciados, enlace del Montejurra y de Cadreita: “nunca hemos **reblau** porque **semos** mucho duros, ¡**muchísimo!**”»*

*En cuanto al Tercio de R.R.C. no tuvo alteración alguna, como tampoco nuestra Sección afecta a la 1.ª de Navarra.*

De Figueroles («¡qué chicass las de Figuerolsss!», repetía Landín), donde celebramos el Corpus Cristi, el 16 de junio, con los Tercios de requetés oyendo misa en la plaza, desde Figueroles, pasamos a Alcora, pueblo grande, polvoriento, con moscas a millares y muy gordas por la guerra. Estuvimos de descanso, sólo alterado por los bombardeos de la aviación roja. Durante uno de ellos, paseando por las afueras del pueblo con Zubiaur, éste, que había **requisado** una docena de huevos y los llevaba en los bolsillos, se tiró al suelo al oír el silbido de las bombas, en un «*plongeón*» que no lo mejoraba Zamora. Nos despedimos así de la merienda proyectada, aunque contemplamos la tortilla.

Con el «Federal» íbamos a Castellón —tomando en la ciudad un trenillo hasta el Grao— y a la cantina abierta por «Frentes y Hospitales» donde nos atendían, estupendamente, «Margaritas» de Pamplona —recuerdo a las Sarobe—, que llevaban por Capellán —inequívoca su boina roja con las flores de lis bordadas en plata, y en el vuelo un pequeño crucifijo— a don Antonio Añoveros, muchos años después Obispo de Cádiz y de Bilbao.

El 20 de junio avanzamos por la derecha de Onda. Nuestra Agrupación apoya el asalto del 8.º de América a una loma larga, anterior al Castillo, que ha de ser, a su vez, objetivo del asalto por la V Bandera de la Legión. Gran cañoneo rojo entre olivares y almendros. De fondo, muy alta, la Sierra de Espadán.

En días anteriores el 1.º Tábor de Tetuán, apoyado por la VII de la Legión, ocupó el Tozal del Ferrer y la Cota 700.

La resistencia fue bravísima en los días siguientes. La artillería roja, que se dijo mandaba otro Pérez Salas, artillero, hermano de nuestro teniente coronel, metía sus obuses en los barrancos donde nos cobijábamos. La V Bandera pasa dos días al pie de la loma del Castillo de Onda, y fracasa en su asalto el día 23. En la tarde del 24 se intenta un último asalto, con cuerdas y escalas, como en una batalla medieval. A las 19,15 (sigo el libro de partes de la R.R.C. del teniente coronel Vicario —con él iba Pagola— que dirigía el asalto) las escuadrillas de «Savoyas» machacan el castillo y las líneas de trincheras. La V Bandera se levanta y, a la bayoneta, sube rápidamente la cuesta y escala las escarpas y las murallas.

*«Valiño —cuenta Pagola—, que está en el P.C. de Vicario con nosotros, dice entusiasmado: “¡Esto es una corazonada de la 1.ª!”. Cae herido el comandante de la V, Alvarez Pacheco. Se lucha cuerpo a cuerpo: 229 cadáveres enemigos fueron enterrados aquella noche por los legionarios; al teniente Angel Muñoz se le propone para la Medalla Militar individual, lo mismo que al alférez Andújar —“el jabato” de la V Bandera—, que ya tiene concedida una.*

*»Conquistado el Castillo —termina Pagola— entramos en Onda. Nadie en las calles. Pero hay más de 5.000 personas —¡tremendo espectáculo!— que comienzan a salir, en las horas de la noche, de una enorme cueva cercana que servía de refugio a toda la población. He aquí —pienso— otro pueblo que entra en la nueva vida por el camino del calvario.»*

La Agrupación nuestra, pasado Onda, se adelanta a la loma larga —cota 400—, ocupada por el 8.º. Allí, el día 2 de julio, nos reunimos todos: el 8.º y los Tercios de Montejurra y Lácar —que habían cruzado el río Mijares y tomado Tales— y creo recordar que también el Tercio de Begoña, aunque no sé de dónde pudo haber salido. Continúa, tremendo, el cañoneo, y la infalible punte-

ría de «*Atilano*», denominación, en abstracto, de la artillería roja, a la que luego cantábamos:

«.....  
y estuvimos quince días  
bajo el fuego de *Atilano*»,

pues las operaciones en Espadán estuvieron siempre bajo su signo y potencia. De repente, una explosión gigantesca. Una granada cayó sobre un mulo cargado de cajas con bombas de mano. Un mulo —continuaba «*el cenizo*» de este Tercio— de los de Lácar. Treinta entre muertos y heridos. La cabeza del mulo —sus ojos abiertos—, limpia y enterita, vino a caer en el centro de una roca lisa, en medio de la Plana Mayor de Pérez Salas. Estampa surrealista de guerra en un paisaje atormentado.

Pronto «*el cenizo*», que parecía privativo del Tercio de Lácar, se extendió a toda la 1.<sup>a</sup> División.

### Atasco en Espadán. Con los moros

A media tarde del mismo día 2 de julio nos ordenan la salida hacia las líneas enemigas. En cabeza, de nuevo, el 8.<sup>o</sup>. Su «*páter*», don José Manuel Pascual Hermoso de Mendoza, da la absolución a cuantos íbamos a salir: «*Ego te absolvo...*». Miradas a los «*Cristos*» de los Tercios, y ¡a salir se ha dicho! Bajamos en tromba a la carretera, la cruzamos, y ya, más a cubierto de la artillería, por empinadas laderas, llegamos a la abrupta cota 450, picacho en donde la Agrupación se pone en línea con la de Vara de Rey.

Nosotros dormimos con el 8.<sup>o</sup> esa noche, pues vamos destinados Larrea, Landín y yo, con el aparato de radio, a la Agrupación del teniente coronel San Martín. Y con su Plana Mayor habremos de estar en días sucesivos. «*Vamos con los mojamés* —decía Larrea— con esos “tíos” de culo colgando» (alusión a sus calzones —zaragüelles— ondeantes y colgantes). Días que resultaron muchísimo más de los previstos, pues en aquel endemoniado terreno estuvimos forcejeando, en ataques y contraataques, hasta el paso del Ebro por el Ejército rojo.

Y esta temporada —desde primeros de julio hasta el 25, día de Santiago— se conoció luego como la de la «*Batalla por la Sierra de Espadán*», o, menos militar pero más gráficamente, como «*el atasco en Espadán*».

### Cinta del recuerdo

*Estoy con Marcos Larrea —Landín se trasladó a la R.12 de Pérez Salas— en una tienda de campaña, cercana a otra de «paisas» que arman una bulla atroz con sus melopeas cacofónicas —desesperación de Marcos, buen orfeonista vergarés— que duran horas y horas, acompañadas por un*

rítmico batir de palmas, de latas, de piedras, de cualquier cosa que suene, y cuanto más mejor. Mejor para los «mojamés», naturalmente, pues nosotros —incluso yo, medio sordo— estamos aturdidos; «en trance» también.

Hemos comido chipirones, fríos, de lata («pelotas de cabro» les llama Larrea). Cubrimos el pueblo de Tales —que tomó la V Bandera— y el barranco de igual nombre, de Tales, al que bajamos de noche, en descubierta, con una Sección del Tábor. No parece haber enemigo y lo comunicamos por la R.R.C. al teniente coronel, que ordena subamos de nuevo a la posición. En otras cotas cercanas —Vértice Atalaya (siempre hay por aquí un Vértice Atalaya), Cerro del Olmo, Castillo de Alcudia—, la VII Bandera, el Tercio de Lácar y el de Montejurra, éste con estreno de comandante, Eduardo Carbajo, del Cuerpo de Estado Mayor. («No hay quinto malo, decían los requetés, aludiendo a que su nuevo jefe hacía el n.º 5 de los que había tenido el Tercio). Es 7 de julio, San Fermín, y ocupamos al mediodía una loma entre cañonazos. Milagrosamente llega hasta aquí rancho caliente: pescadillas con patatas fritas y arroz con leche. Estamos en la cota 700, sobre el barranco de Sueras y el pueblo de Jinke. Con blancas dentaduras, blanquísimas en contraste con sus caras morunas, los del Tábor engullen las pescadillas; con raspa y todo.

El 8 se ocupa la cota 750, con su célebre «paso de la muerte», portillo rocoso batido por todos lados con fuego de cañón y de ametralladoras. Conservo una foto que hice a Landín en «el paso»: erguido, despeinado, sin afeitarse, en nada desdecía de «los tíos» del Tábor; incluso les superaba en suciedad. Tal vez por ello, unido a su carácter alborotador y fantasioso, Landín se llevaba perfectamente con los moros y hasta salmodiaba con ellos.

Desde Sueras a la 750 se avanzó mal que bien. Desde allí a la cota 850 con grandes dificultades, y en la 850 se paralizó el avance de la División. Los intentos sobre esta célebre cota, paso obligado para alcanzar los vértices de Jinke y de Espadán, costaron muchísimas bajas a los Tercios de Lácar y Montejurra, al San Marcial, a las Banderas de Falange y a las V y VII de la Legión.

Llegadas las unidades casi a las crestas de la sierra, eran rechazadas de allí una y otra vez. Recogíamos y retransmitíamos, también una y otra vez, los «sin novedad» de los comandantes Churiaque (del 2.º de San Marcial) y Pardo (de la VII Bandera), pese a estar viendo, y soportando, furiosos contraataques y tener numerosísimas bajas. El parte oficial de Salamanca se limitaba a decir en su diaria información: «Contraataques brillantemente rechazados en el sector de Espadán.» «Pero —escribe Pagola— ¡qué doble fondo el de esas palabras sencillas! ¿Sabéis lo que significaron para muchos esas jornadas?: La Medalla Militar, y para otros el Cielo.»

En efecto, la División tuvo cerca de 2.400 bajas. Entre ellas las pérdidas irreparables de Vara de Rey (en Mando de Agrupación) y de los comandantes (en Mando de Batallones) Luciano y Mariano García Sánchez, ambos del Tercio de Lácar y hermanos de sangre.

La estabilización fue un hecho, y con ella la típica vida de relevos —de Onda a la primera línea y viceversa— y de breves turnos de permisos.

### ¡De permiso!

¡A Pamplona! Nos llega el permiso a Calvo, a Zubiaur y a mí. Al atardecer bajo, yo solo, de la 750. Me pierdo en el barranco de Tales. Hay luna espléndida. Arrebuñado en una manta, duermo unas horas en una especie de huertecillo al margen del barranco. Amanece y llego a Onda. Con Zubiaur y Calvo, llegados antes que yo de sus posiciones, salgo para Alcora —allí están las cocinas y el taller de la Sección—, y bien peripuestos —afeitados, camisas limpias, botas lustradas, «vuelo» en las boinas rojas—, a Castellón, «a tope», y a Vinaroz luego, en tren, donde llegamos por la noche. Una ambulancia vacía sale para Zaragoza y nos acoge. Dormidos en las camillas, en viaje delicioso, «aterrizamos» en Zaragoza a la «hora del fraile», para comer. En Zaragoza —estación fija para todo permisionario— acostumbramos a hospedarnos en la Fonda «*Plus Ultra*», en pleno Coso, frente a la calle Alfonso. El dueño solía hacer una sola pregunta a los soldados del frente: «¿*Vienen o van?*». Según fuera la respuesta te mandaba al desván —«*la pajera*» le llamábamos, con catres sin sábanas— o te asignaba un cuarto en los pisos de la Fonda. La explicación la daba también con otra palabra: «¿*Piojos!*» Ninguno de los combatientes que por Zaragoza pasamos —cientos de miles— olvidará el ambiente de la ciudad en aquellos años de guerra tan duros como alegres. Ni tampoco la riada de soldados, mezclados con los zaragozanos civiles, que llenábamos las calles y El Pilar. A visitar a la Virgen íbamos todos, moros, italianos y alemanes incluidos. A la ida y a la vuelta del frente. Antes que a ningún otro lugar de la ciudad. Todos creíamos en un solo Dios, y en el teísmo no es posible detenerse a medio camino.

Tengo para mí que la hospitalidad aragonesa hizo por los ejércitos nacionales mucho más que acogerlos. Les infundió, con la fe en «*La Pilarica*», la reciedumbre, la notable terquedad, la certeza del triunfo. Alguien dijo en alguna ocasión, ya terminada la guerra, que «*si Aragón fue yunque, en Aragón, además, se forjó el martillo*».

Rezamos, pues, a la Virgen del Pilar, en el Pilar, y en el «*mixto*» de la tarde viajamos para Pamplona.

Los días de permiso —siempre cortísimos— los recuerdo como «*si fuera en calzoncillos*». Esta observación de Remarque en «*sin novedad en el frente*» es exacta: despojado de los atalajes de soldado, con la ligera ropa de paisano, uno se encuentra verdaderamente «*liviano*»; en calzoncillos.

Nunca recordé —y sin duda tuvo que haberlos— los momentos dolorosos, penosos, de un permiso. Probablemente porque en aquel entusiasmo, en aquel egoísmo juvenil, el dolor, la pena, tenían cabida limitada. Pero hoy creo que ese dolor y esa pena, que nosotros no recordamos, se daba en nuestros padres, pues

jamás, sin dolor profundo, produjo el hombre obras verdaderamente grandes y, entre unos —que luchábamos— y otros que penaban, la guerra se ganó.

Sí recuerdo, en cambio, que en este permiso aprendimos más estrofas del «*Himno de Lezama —Leguizamón—*», que seguía cantándose en «*Las Pocholas*» —aquellas entrañables «*Pocholas*» de la calle de Comedias donde nadie se sentía solo— al final de las cenas de desbordante juventud:

«.....  
Cuando al fin lo recogieron  
entre su pecho encontraron  
cinco duros de plata  
y un legajo de papel.  
En el legajo decía:  
“Ahora que muero, cual fiero,  
quisiera que se cumpliera  
lo que dice dentro d’el:  
A mi primo Cabanilles  
dejo todos mis millones,  
a Barreiro las vaquillas,  
a Iñigo las cerillas,  
y a Zavala los blasones.»

(La música seguía siendo la del «*Novio de la muerte*»).

Durante estos días de permiso la «*vox populi*», sustitutiva en la retaguardia de «*radio macuto*» o «*radio acemilero*», afirmaba que los rojos iban a pasar el Ebro. Pero a nosotros, de permiso, la noticia nos tenía sin cuidado, aunque, con ella en la cabeza, una vez concluido el permiso, nos reintegramos al frente.

### **Muerte de Javier Armendáriz. Final en Espadán**

Viajo, de vuelta al frente, con Zubiaur y Perico Sagaseta. Encaramados en lo alto de un camión cargado de botas, para un Batallón de «*Flechas Negras*». El camión es italiano; las botas magníficas: de media caña, negras, suaves, espléndidas.

Al llegar a Alcañiz —ya con botas «*nuevas*»— nos deslizamos del camión y pedimos a dos alemanes de «*La Cóndor*» —viajaban en un turismo de seis plazas— que nos llevaran hasta donde ellos fueran; y —suerte alemana que no moruna— nos dejaron en Vinaroz, donde dormimos en casa de «*la Pepita*», aquella guapísima «*chiqueta*» que, cuando estuvimos allí antes, nos suministraba las verduras y las frutas para la Sección. Sus padres —ya amigos viejos—, unos huertanos amables y buenos, nos obsequiaron para cenar con una paella de langostinos.

Desde Vinaroz, por el normal conducto de «*a tope*» y viajando por diversos escalones —Castellón, Alcora, Onda y Barranco de Tales—, hasta las posiciones.

En la cota 750, relevando a Landín. Los moros del Tábor continúan con sus cánticos y su mugre. Días antes mataron a López, enlace de Pérez Salas, hombre siempre dispuesto al chiste y a la broma, tudelano mejanero. Murió instantáneamente, «*sin decir Jesús*». Así lo comentaba Luis Pardo, el otro enlace del Montejurra, y de Murchante.

Siguen también igual los contraataques nocturnos. En una loma cercana, la VII Bandera del Tercio. Su comandante pasea en pijama por las líneas. ¡En pijama!, con el correaje, la pistola y el gorrillo legionario. Al atardecer —era hombre pulcro— los legionarios calentaban unos cubos de agua y, en una bañera, que sabe Dios de dónde salió pero que estaba allí, a unos metros de la trinchera, el comandante se daba un buen baño ¡sin pijama!, pero con el gorro puesto.

Uno de estos días —probablemente el 12 de agosto— me pasan por la R.R.C. la noticia de la muerte de Javier Armendáriz Laquidain, teniente de Flandes, en la 4.<sup>a</sup> División de Navarra. «*Murió —precisa Javier Rodeles, también de “la cuadrillica” de Pamplona, que servía la R.R.C. de Flandes y estaba al lado de Armendáriz— de metralla, por explosión de una granada en la roca donde estábamos sentados (un mínimo de metralla en bulbo raquídeo)*»; en la Sierra de Pandols, pues ya había comenzado la batalla del Ebro.

Fue Javier mi más íntimo amigo en Pamplona. Nunca dejé de rezar por él. En cierto modo, al rezar y al recordarle, recuerdo y rezo por todos los muertos en nuestra guerra. Todos: los de uno y otro bando. Con veinte años de edad media, su generación —la mía— fue una generación creyente y generosa; dicho con una palabra hoy odiada: idealista.

Recientemente, el teniente Urtubi, nuestro primer mando en la Sección, me escribía: «*¡Aquel espíritu que los jóvenes tuvimos! Por mi parte puedo atestiguar que cuando me hablan de los méritos de la juventud actual me acuerdo de aquélla, de la nuestra.*» La nuestra, la que no necesitó maestros, puesto que seguimos a los poetas.

En el recordatorio de Javier, esta oración: «*Oh, Señor, por tu Pasión y por tu Muerte, ten piedad de los que dejan la vida en los frentes de batalla con el corazón puesto en Dios y en España.*»

Días, luego del permiso, en la cota 850. El paso a ésta desde las cotas 700 y 800 fue memorable. Ya el 9 de agosto «*los dos tetones*» —así se denominó a los dos vértices de la 800, separados por un collado diminuto— fueron asaltados por Lácar, sin resultado. Bueno, a costa de muchísimos muertos y heridos (allí, arrojado en su bandera, moría el abanderado de la 1.<sup>a</sup> Compañía del Tercio —Jerónimo Iturcaiz, de Mañeru—, bandera que —¡honor a los valientes!— fue devuelta por los rojos); tantos que el Lácar quedó al mando del teniente Astiz. El comandante Luciano murió en el asalto junto con su enlace Nicanor Pérez de Obanos, que al intentar socorrer a su jefe cayó muerto de un balazo en el corazón sobre el cadáver del comandante.

El día 10 repitieron el asalto los dos Tercios, Lácar y Montejurra, y, en días sucesivos, el 5.<sup>o</sup> Tábor de Alhucemas y las V y VII Banderas de la Legión.



Un forcejeo constante y mucha sangre, hasta que el 13 se ocupa el cerro de Jinque y del Vértice Rápita por la V, con 141 bajas, entre éstas ocho oficiales muertos.

Otro de los días —que se nos pasaban entre tiroteos y bombazos de mano— muere el comandante Mariano García Sánchez, que acababa de sustituir en el mando de Lácar a su hermano don Luciano.

Sí, días durísimos para la División que completó el canto:

*«El 8.º en El Pinar  
Lácar en La Galera,  
y en la sierra de Espadán,  
la División entera.»*

También la cota 850 tiene un doble vértice, con una vaguadilla en medio. Estoy viendo, sentado en un parapeto, otro parapeto enfrente, con cascos sobresaliendo; parapeto que yo creí nuestro. De repente me tiran violentamente al fondo de la trinchera. Es Luis Preciados que me grita: «¡Pero, bájate, que ese es un parapeto rojo, y de ahí han matado ya a diez centinelas nuestros!»

En los constantes contraataques participábamos todos: infantería, zapadores —la 1.ª Cñía. de la División fue citada en el parte oficial—, transmisiones y hasta acemileros. Y también participábamos en la Misa, que se celebraba a diario en la 850 por los «páter» de los Tercios de requetés, y en el rezo del Rosario. Durante éste los rojos del parapeto de enfrente interrumpían sus disparos y sus cánticos; pues ellos también cantaban. Cantaban canciones como ésta, que pasó al repertorio de la 1.ª de Navarra:

*«En el cielo manda Dios,  
y en la tierra los gitanos;  
y en la Sierra de Espadán  
los cañones de Atilano»*

Un vaho de melancolía impregnaba el ambiente caluroso y rezumaba de todos los corazones. Nunca averiguamos quién diablos era Atilano.

Viene Valiño, el general, a la 850. Los morteros de Lácar, en la contrapendiente, baten las trincheras enemigas. Pérez Salas le dice al general: «Tengo un sargento morterista maravilloso.» Se le pide una demostración, y se acerca el sargento de marras para, desde la primerísima línea en que están los jefes, corregir el tiro que él mismo ordena. Sus órdenes eran así: «¡Fulano, dále ahora!» (Salía el morterazo y asomaba el sargento su jeta sobre los sacos terreros para calibrar el efecto.) Nuevos gritos: «¡Oye, Fulano, coño, que ha caído mal; pon más pino el tubo, hombre!»

El general se reía. Pero lo cierto es que el sargento, al segundo o tercer disparo, daba siempre en la diana; es decir, metía el morterazo en las trincheras rojas.

Aquel día —el de esta anécdota— fue ya el último que pasamos en aquella posición «*tan cabrona*», como la juzgábamos todos cuantos la padecimos. Me parece que fue el 28 de agosto. En la División se decía que el general había pedido al Alto Mando llevarnos al Ebro, donde habían acudido, con urgencia, otras dos Divisiones de ataque: la 13.<sup>a</sup>, la de «*la Mano Negra*», de Barrón, y la 4.<sup>a</sup> de Navarra, la de Alonso Vega. Y es que lo que se tomó al principio como un «*divertimento*» maniobrero de los rojos para evitar la liberación de Valencia, se traducía, día a día, en una batalla feroz, crucial.

¿Cómo iba a estar la 1.<sup>a</sup> de Navarra ausente de la batalla? ¿Cómo no iba Valiño a participar en ella?

Aunque, en realidad, éramos ya mucho más que una División. Dábamos el alma, el espíritu de la 1.<sup>a</sup> de Navarra, a todo un Cuerpo de Ejército: el del Maestrazgo.

### ¡Cuerpo de Ejército!

Leamos a Valiño, copiemos a nuestro general («*Guerra de Liberación de España*», pp. 159-160):

*«Durante la campaña del Maestrazgo la División 1.<sup>a</sup> había ido aumentando sus efectivos, constituyéndose primero, como División reforzada; después, como Agrupación de Divisiones, y, en sus últimos días, organizándose, por orden de la superioridad, en Cuerpo de Ejército.*

*»Al abandonar la región de Espadán —28 de agosto— y hacer el recuento de nuestras espléndidas victorias, de las grandes fatigas sufridas, dolorosos sacrificios de vidas inmoladas por España, al atravesar en rudos combates, por su más fragosa geografía, el gigantesco macizo; recordando las hazañas de aquellos otros boinas rojas, precursores de los que ahora luchan bajo las banderas de Lácar, Montejurra y Nuestra Señora del Camino, la de los bravos Tábores de Regulares, Batallones de línea, magníficas Banderas de la Legión y de Falange de Navarra y de Castilla, concebimos entonces el nombre a adoptar para el poderoso Cuerpo de Ejército que, con aprobación del Mando, se llamaría “del Maestrazgo”, y, en consecuencia, su emblema, que encerraría las rotas cadenas de las Navas de Tolosa dentro de la Cruz de Montesa. Bien pronto habrían de acumular para él, tan brillantes tropas, más frescos laureles, ganados gallardamente en otros campos de batalla.»*

Sí, íbamos otra vez hacia el Ebro, hacia parajes conquistados hace unos meses por nosotros mismos. Allí iba la 1.<sup>a</sup>, formando parte del nuevo Cuerpo de Ejército del Maestrazgo. La 1.<sup>a</sup> no había variado su escudo, el propio de Navarra con la laureada. Pero sí tenía nuevo jefe: García Valiño, ascendido al mando de todo el Cuerpo de Ejército, dejó el mando directo de la División al coronel Mohamed Ben Mizzian.

Y la 1.<sup>a</sup> de Navarra, trasladada en camiones, cantaba en aquellos días de calor y polvo:

*«El Mizzian tiene una pipa de oro y plata  
requisada en Alcañiz por los de Lácar.  
Cuando el Mizzian toma el té,  
manda avanzar, muy deprisa, al Requeté.»*

El sonsonete de la canción, la lenta melopea, al estilo de los cantos de los moros —nuestros compañeros en la 1.<sup>a</sup>—, recorría una y otra vez, día y noche, las interminables columnas de camiones.

A la 1.<sup>a</sup> División de Navarra le esperaba el Ebro, y en el Ebro su recompensa.

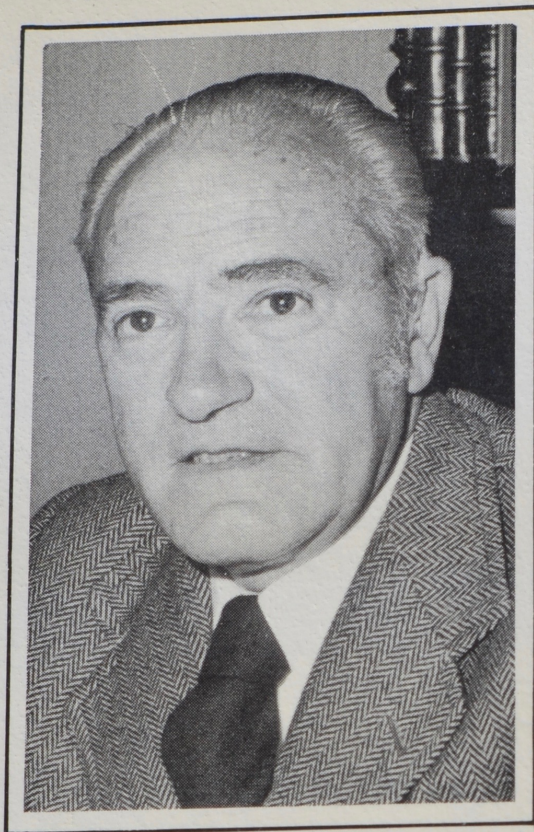
«¡Qué asombroso, fresco y emocionante relato —y divertido— sobre los riesgos, venturas, azares y enseñanzas de aquella guerra inmortal!... Es fácil comprender —¡cantaban y rezaban!— que ahora no se entienda a los soldados de aquella guerra ni se entienda la guerra misma en aquel carácter de Cruzada... Yo me he ido encontrando en las páginas del libro de Nagore con amigos muertos y vivos, con el sabor de la guerra, con la alegría del sacrificio, con la fe de los soldados, con el espíritu de los voluntarios y hasta con el olor de los frentes.»

RAFAEL GARCIA SERRANO



«Constituye un testimonio singular que, a mi entender, viene en un momento oportuno, en un momento en el que, con pretexto de recuperar «la memoria histórica» de nuestro pueblo, se pretende manipular el pasado, deformándolo groseramente... A lo largo de seis apretados capítulos seguimos la trayectoria heroica de la 1.<sup>a</sup> División de Navarra; anécdotas, recuerdos, sensaciones y canciones van recreando de forma sencilla, desenfadada y expresiva el ambiente de aquella guerra, que fue como fue y no de otra manera. Y como cuenta Nagore, que lo pone en boca de una vieja vizcaína: “Ante un yo lo vi, hay que creer o reventar”.»

RAMON SALAS LARRAZABAL



JAVIER NAGORE YARNOZ nació en Pamplona en 1919 e hizo la guerra de liberación de España, 1936-1939, en la 1.ª División de Navarra. Consecuentemente, la obra que ahora ofrece a los lectores es, verdaderamente, un libro de memorias y vivencias personales sobre una experiencia irrepetible. Su fina percepción intelectual, su conocimiento profundo de la manera de ser de sus paisanos, un ejemplar sentido del humor y, sobre todo, la minuciosidad con que persistió en anotar en su diario de guerra los acontecimientos por él vividos tan intensamente han desembocado en este testimonio vivo, rigurosamente documentado y, al mismo tiempo, alegre, desenfadado y divertido, en el que sabe transmitir con prosa directa y pulcra igual los momentos angustiosos y terribles de la batalla que los instantes, fugaces o no, en que se pone de manifiesto la entrañable camaradería generada en la trinchera, o surge espontáneamente, como consecuencia de una situación insólita, la risa o la broma.

«EN LA PRIMERA DE NAVARRA» tuvo en 1981 una primera edición, reducida y no venal, para unos pocos amigos excombatientes que fue editada por

Industrias Gráficas España, S. L. El rotundo éxito alcanzado por esa edición restringida y no comercial, el valor histórico de la aportación que mereció juicios de valor tan expresivos como los reproducidos en la contraportada, aconsejaron abordar esta edición comercial, de amplia tirada, coincidente con el L Aniversario del Alzamiento Nacional, como aportación primera de una serie asumida por autores navarros, entre los que figuran, además de Nagore, Antonio de Lizarza, Rafael García Serrano y Alvaro d'Ors.

Javier Nagore Yárnoz, tajamar de esta sección, es licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza, notario desde 1944 y miembro de los Consejos de Estudio de Derecho Aragonés y de Derecho Navarro. De este último es presidente desde 1980, y también, desde 1970, representante del Derecho Civil de Navarra en la Comisión General de Codificación. Fue decano del Ilustre Colegio Notarial de Pamplona entre 1960 y 1966, Consejero Foral de Navarra desde 1964 a 1970 y Presidente de la Unión Notarial Franco Española desde 1970 a 1974. Su «currículum» es, pues, el de un hombre del Derecho, y contribuyó con otros juristas a la redacción del actual «Fuero Nuevo», vigente en el español Viejo Reyno de Navarra.

Además de sus trabajos y publicaciones jurídicas ha escrito obras bien distintas, como «A Roma, con Francisco y Javier. Diario de dos caminantes» (Pamplona, 1978), «Versos y cumbres» I y II y «Diálogos al otamenar» (Madrid, 1982 y 1984). En estos últimos el autor, montañero constante desde hace muchos años, «traduce en versos informales su amor a los montes y a las cumbres». Javier Nagore Yárnoz es también habitual colaborador de EL ALCAZAR, generalmente sobre asuntos de Navarra, al tiempo que ejerce en su ciudad natal su profesión de Notario.